

La ventriloquia y el otro en *El hablador* de Vargas Llosa

Literatura peruana hoy: Crisis y creación, compilado por Karl Kohut, José Morales Saravia y Sonia V Rose (Frankfurt y Madrid: Vervuert y Iberoamericana, 1998), pp. 73-79.

Mark Millington
Postgraduate School of Critical Theory and Cultural Studies
University of Nottingham
University Park
Nottingham NG7 2RD
United Kingdom

© Mark Millington 1998, all rights reserved

email: mark.millington@nottingham.ac.uk

Tel.: +44 (0)115 951 4850

Fax: +44 (0)115 951 4827

La ventriloquia y el otro en *El hablador* de Vargas Llosa

Este ensayo se propone acceder a una lectura de *El hablador* precisamente a través del habla. El punto de partida será específicamente la pregunta que enuncia Gayatri Spivak en el título de su ensayo: “Can the Subaltern Speak?”, es decir, en castellano, “¿Puede hablar el subalterno?” Pero ante todo quisiera aclarar que utilizo el término “subalterno” en su más estricto sentido sin matiz peyorativo alguno. El sentido de la pregunta de Spivak tiene que ver con la representación, es decir: “¿Puede el subalterno representarse ante los otros y ante sí mismo?” La preocupación básica de Spivak son las mujeres subalternas del Tercer Mundo y está claro que su pregunta no es literal sino que busca determinar si una mujer en una condición de desigualdad múltiple puede hablar, o sea, puede participar en una práctica discursiva *audible*. Spivak contesta su propia pregunta con un “no” definitivo, e insiste en que las subalternas son representadas por otros, los cuales las dominan mediante sus discursos. Sin embargo, no se trata de una opresión monolítica, sino que, por el contrario, Spivak describe posiciones subalternas diversas y fragmentadas. Es esta misma multiplicidad lo que agrava el problema de las subalternas al crear divisiones entre ellas antes de cualquier unión potencial para actuar contra la opresión.

Dicho ensayo y el debate que ha provocado recientemente sugieren ciertas preocupaciones que abren una perspectiva importante sobre *El hablador* y que crean un contexto crítico para leerlo. No se trata de aplicar las ideas de Spivak directamente a la novela, sino de dejar que estimule cierto proceso de análisis. Sobre todo, después de lo que dice Spivak, parece fundamental prestar atención a la condición de los indígenas respecto a otras fuerzas culturales y económicas, y analizar su representación dentro de la forma de la novela. En mi ensayo las preguntas básicas van a ser: ¿Quién o qué habla por el hablador?, e igualmente importante: ¿Quién o qué habla por el narrador?

*

Según la información presentada en la novela, los machiguengas son un grupo de unos cuatro o cinco mil indígenas nómadas del Amazonas, que en los años ochenta se han dividido en dos subgrupos. Uno de estos subgrupos se ha arraigado y ha empezado un proceso de aculturación; el otro ha mantenido su aislamiento y sus tradiciones culturales. El primer grupo ha sucumbido a la influencia de misioneros protestantes de Estados Unidos, los cuales proporcionan importante información sobre la cultura machiguenga. El segundo grupo está muy disperso, se desplaza constantemente, y por eso resulta difícil de contactar. Pero los dos grupos comparten por lo menos una característica con relación a los que son intrusos en su territorio y cultura: los dos existen en un estado de subalternidad efectiva o potencial.

La palabra “subalternidad” describe su posición con respecto a otros grupos o fuerzas dentro del Perú. Y la novela contiene un debate acerca de esta posición y la ética de su asimilación paulatina a la vida nacional. En este debate las voces corresponden al narrador y a Saúl Zuratas. El narrador considera que los machiguengas son primitivos y que su cultura no puede mantenerse ajena al contacto con la poderosa y expansionista cultura capitalista del Perú. Cree que el proceso de su asimilación a la economía de mercado es inevitable y deseable, y califica su propio punto de vista de pragmático. En cambio, Zuratas denuncia vehementemente la asimilación de los machiguengas. Declara que los misioneros están tratando de destruir la lengua y la cultura machiguengas como formas vivientes y que es evidente que el grupo ha elaborado una vida en perfecta armonía con su ambiente. Zuratas reitera constantemente el contraste entre las costumbres machiguengas y la destrucción ambiental producida por la cultura occidental, e insiste en la necesidad de mantener su

absoluta separación para preservar su integridad y cultura. El narrador califica esta perspectiva de idealista y nada práctica. Pero a pesar de la crítica del narrador sobre la opinión de Zuratas y la insistencia sobre la “moderación” y el pragmatismo de la suya, las dos posiciones en el debate se definen claramente. Sin embargo, ya es evidente que lo que se articulan son los puntos de vista de los que no son machiguengas: éstos no hablan en este debate, y esto tiende a confirmar la opinión de Spivak.

Para entender la manera en que se elabora este debate es necesario considerar quiénes son los participantes. Primero se analizará la posición de Zuratas, y al final del ensayo la del narrador. La identidad de Zuratas está determinada por dos factores, uno de los cuales es físico, el otro cultural/religioso. Lo desfiguran su melena roja y caótica y una marca de nacimiento roja oscura en la mitad derecha de la cara. Su otredad se subraya diariamente en la reacción hostil de los limeños que lo tratan como un monstruo. Su hibridismo físico (medio desfigurado, medio normal), se complementa con sus raíces en una familia judía de Lima. Siente que sus antecedentes judíos lo marginalizan en la sociedad predominantemente católica de Lima, aunque sus raíces blancas le prestan cierto privilegio en términos raciales. En efecto está claro que la caracterización de Zuratas como marginado tiene algo de excesivo – un exceso que corresponde al extraño proceso por el que pasa en la selva.

La marginalización del judío Zuratas por los limeños le permite al narrador sacar unas conclusiones bastante obvias acerca de las razones de su profunda dedicación al estudio de los machiguengas y su identificación con ellos; los dos viven al margen del poder y en un estado de diáspora: los judíos sin raíces y errantes; los machiguengas nómadas y constantemente “andando.” Pero si, por una parte, los judíos pertenecen en cierto sentido al mundo de Lima, por otra parte, los machiguengas, tampoco existen en un estado de otredad absoluta. La existencia de estudios etnográficos indica que ya ha habido cierto contacto con ellos, y, de hecho, la novela se refiere a una serie de forasteros que han irrumpido en su vida – forasteros interesados en el caucho, los metales preciosos, la madera, la producción de drogas, y también la salvación de sus almas. Y estos forasteros han producido diferentes tipos de impacto en su cultura. En definitiva, los machiguengas no constituyen un Otro puro: ya se han adaptado y han aprendido quienes son sus Otros. Lo significativo es que la marginalidad de los machiguengas y de Zuratas es parcial, y se define fundamentalmente por el esfuerzo de otras culturas en mantener la comprensión sobre ellos.

Pero establecer una analogía entre la marginalidad de Zuratas y de los machiguengas no equivale a justificar un cruce cultural. Y hay que insistir en que el evento dramático que forma el eje de la novela – y que es el punto culminante del argumento cuando se confirma – es la incorporación de Zuratas a los machiguengas. Desaparece de Lima y veinte años más tarde el narrador descubre que ha estado viviendo con los machiguengas como hablador. Los habladores son personas importantes para los machiguengas. Como grupo disperso y nómada, están en permanente riesgo de perder el contacto y su identidad colectiva, y para evitar la disgregación, los habladores se mueven entre los subgrupos comunicando noticias y repitiendo y reinventando la mitología machiguenga. Los habladores son conductos para que la comunidad general mantenga su cohesión.

Ahora bien, la facilidad con la que un blanco de la clase media y con un alto nivel educacional se asimila a los machiguengas sugiere ciertos problemas sobre todo porque asume un papel central, el de hablador. Y aquí el argumento de Spivak puede servir de estímulo para explorar algunos de los problemas sin resolver que crea la novela aparentemente sin ser consciente de ellos. En primer lugar, parece desconcertante que este tipo de individuo sofisticado pueda realizar este cruce cultural para encontrarse (literal y metafóricamente) en el Amazonas. Además, es bastante revelador el hecho de que, a pesar de integrarse en la selva, Zuratas no pierde aquella capacidad de

hablar que había tenido en Lima. Dado el escepticismo de los machiguengas respecto a los forasteros (incluso respecto a otros grupos indígenas), la acogida de este individuo parece, por lo menos, incongruente. En segundo lugar, en un momento dado el mismo Zuratas critica la aculturación y dice que la cultura es el destino, declarándose en contra de la adquisición de otras culturas:

Antes de nacer [es decir, antes de juntarse con los machiguengas] pensaba: “Un pueblo debe cambiar. Hacer suyas las costumbres, las prohibiciones, las magias, de los pueblos fuertes. Aduenarse de los dioses y diosillos, de los diablos y diablillos de los pueblos sabios. Así todos se volverán más puros,” pensaba. Más felices, también. No era cierto. Ahora sé que no. Lo aprendí de ustedes, sí. ¿Quién es más puro y más feliz renunciando a su destino, pues? Nadie. Seremos lo que somos, mejor. (Vargas Llosa 1987, 211-12)

No parece muy claro cómo este tipo de declaración puede aplicarse a Zuratas, ya que es precisamente una renuncia a su cultura, lo que parece realizar. La declaración de este principio abre serias dudas acerca de Zuratas. Parece posible que esté usando, e incluso explotando, a los machiguengas en su lucha con sus propios problemas de identidad que surgieron en el contexto de Lima.

La cuestión de la persistencia de un elemento de diferencia irreducible en su relación con los machiguengas se concreta en el capítulo siete, en el que Zuratas, actuando como hablador, se dirige a los machiguengas a propósito de su desfiguración. En la lógica de la novela, este rasgo físico busca motivar la analogía entre las marginalidades, pero surge una contradicción cuando se explica que los machiguengas destruyen a los niños imperfectos: según este criterio Zuratas no hubiera sobrevivido a la niñez. Por eso Zuratas es una anomalía dentro de las prácticas sociales de los machiguengas. Sin embargo, trata de justificar su apariencia como la voluntad insondable de los dioses machiguengas, o en términos de otro principio machiguenga: algunas cosas simplemente se producen y tienen que aceptarse. Estas dos explicaciones lo harían menos visible y por eso más aceptable. Pero sus oyentes rechazan las dos explicaciones airadamente, puesto que subvierten su sistema de valores. Parece que están más dispuestos a creer que una fuerza maligna es reponsable de la apariencia de Zuratas, y esto no sólo le incomoda, sino que le da el papel de una persona sospechosa que no puede asimilarse completamente a ellos. El narrador mismo siente cierto escepticismo acerca de la posibilidad del cruce de Zuratas, pero finalmente parece aceptar el supuesto *hecho* de que ha ocurrido. En efecto parece que la novela busca sostener simultáneamente dos perspectivas distintas al respecto. Establece el hecho del cruce y su viabilidad (después de todo, Zuratas ha estado en la selva durante veinte años), pero también quiere mantener la duda acerca de lo que ha pasado y por eso hace que el narrador explique su escepticismo. Es como si la novela no estuviera completamente convencida de su propia lógica.

Este tipo de problema se encuentra también en el área del habla en relación a Zuratas. En este área se consolida la posición manipulada y desigual de los machiguengas en términos de su capacidad para hablar y representarse. La implicación es que las palabras que utiliza Zuratas como hablador se han traducido de la lengua machiguenga, y esa traducción evidentemente efectúa otro cruce cultural: devuelve a Zuratas a su lengua de origen. Pero no es una traducción sencilla: busca reproducir ciertos ritmos y cierto tono aparentemente machiguengas, y por eso desarrolla una versión idiosincrásica del castellano, que se contrasta con el castellano estándar del narrador. El castellano traducido de Zuratas utiliza ciertos giros (por ejemplo, frases con “antes” y “después”), y

formas gramaticales (por ejemplo, participios de presente para identificar a los que hablan) que constituyen una forma bastante particular de hablar. Es más, ciertos elementos léxicos tienen un fuerte sabor regional, aunque corresponden a la región de Iquitos, que no es la de los machiguengas.¹ En resumen, los capítulos en los que habla el hablador se identifican como lingüísticamente ajenos a la cuasi-transparencia del castellano del narrador. La forma lingüística de estos capítulos, aunque busca crear una diferencia entre las voces de la novela, efectivamente crea una identidad subalterna para los machiguengas. Los capítulos del hablador hacen que el representante de los machiguengas hable una lengua que refuerza su otredad. Pasando por alto por el momento la presencia de Zuratas como hablador, la novela practica un tipo de ventriloquia sobre los machiguengas de una manera que está cargada con implicaciones de poder.

Como queriendo mitigar la ventriloquia practicada sobre los machiguengas, la novela introduce la imagen del loro, y así incluye otro tipo de actuación lingüística. En Lima y en el Amazonas, Zuratas se asocia con un loro. La historia que cuenta a los machiguengas explicando cómo encontró su loro subraya que es un pájaro análogo a él: los dos son débiles e imperfectos. Según la filosofía machiguenga, el loro es el animal que le corresponde. Además, Zuratas dice que ha tratado de imitar el habla de los loros, a quienes se refiere como habladores. Lo esencial entonces es que Zuratas se ha modelado a partir de los habladores, repitiendo como un loro lo que ha escuchado, y así implica que no hay una diferencia perjudicial entre sí mismo y el papel de hablador. Sin embargo, esta metáfora de la identidad por medio de la repetición como un loro no parece adecuada para realizar su objetivo puesto que los loros no alcanzan un nivel de imitación muy sofisticado, y ciertamente no necesitan usar el tipo de argumentos especiosos que presenta Zuratas al intentar justificar su marca de nacimiento entre los machiguengas.

En suma, parece que la novela quiere adoptar una posición afirmativa acerca de la posible continuidad entre las culturas y el movimiento entre ellas. Sin embargo, existe la duda de que se haya recurrido a una supresión de diferencias y a la explotación de la imagen de los indígenas para expresar la crisis de identidad occidental de Zuratas.

Mis observaciones acerca de las dificultades en la relación entre una cultura y otra me confrontan con el muy complejo tema teórico de cómo el Otro puede ser representado. Lo fundamental es cuál es la relación con la otra cultura y cómo puede preservarse su diferencia evitando la asimilación a un proceso de comprensión ajena y distorsionada. En *El hablador*, esta cuestión se presenta en dos niveles: primero, respecto a Zuratas y si es posible aceptar que represente a los machiguengas; segundo, respecto a la novela misma y si está usando a Zuratas simplemente como el ventrílocuo de los machiguengas para explorar su propia preocupación con los que inventan ficciones y la importancia de su papel social. Al principio, la novela crea la ilusión de que los machiguengas están hablando directamente al lector, hasta que llega el momento en que se confirma que Zuratas y el hablador son la misma persona. Una vez confirmados esa identidad y el silencio de los machiguengas, los propósitos del personaje y de la novela tienen que ponerse en tela de juicio.

¿Es posible que una novela o las formas de representación de cualquier cultura respeten la diferencia del Otro sin asimilarla a sus categorías? ¿Cómo se puede preservar su diferencia mientras que uno busca promover la proximidad y la reciprocidad? Estos son problemas bien conocidos por la hermenéutica en su esfuerzo por teorizar la comprensión de lo radicalmente nuevo u otro. El riesgo es apropiarse del Otro como una pieza dentro de un sistema de comprensión ajeno a él –

¹ Esta información se la debo a mi colega peruano Juan Carlos Machicado.

rehaciendo al Otro en función del propio saber, dentro de una novela, por ejemplo, o de un ensayo de crítica. Y a este respecto, está claro que los individuos, las sociedades y las culturas se constituyen y se reconstituyen mediante la negación de sus Otros. Por eso, calificar a alguien de forastero indica ya que el Otro ha sido asimilado (por parcialmente que sea) y categorizado como ajeno dentro de un sistema propio. De esta manera, el saber de sus Otros que cultiva una cultura sirve sus propósitos narcisistas de auto-definición.

En términos ideales, sería posible proponer una relación dialógica como una manera de evitar estas dificultades: la creación de una estructura de interlocutores más o menos iguales en un diálogo abierto de culturas y pueblos, sin la necesidad de absorber al Otro en programas preconcebidos. Esta no sería una relación de oposición sino una relación negociada capaz de respetar la diferencia del Otro y capaz de dejar que se escuchara al Otro. Pero esto implicaría que el Otro ya hubiera podido hablar, lo cual a veces no es tan fácil según demuestra *El hablador*.

Pero si hay dudas acerca de cómo *El hablador* representa la cultura del Otro en una forma tan fundamentalmente occidental como la novela, también surge una ambigüedad importante acerca de la posición cultural del narrador mismo. Existe implícitamente en la novela la idea de que el narrador forma parte de la tradición europea y en cierto sentido internacional. Su posición no se pone en tela de juicio explícitamente. Escribe su texto en Firenze adonde ha ido para olvidarse del Perú y de los peruanos, y para sumergirse en la cultura visual y literaria de Europa. En los primeros capítulos hay varias referencias a su interés por escritores europeos y norteamericanos y a su entusiasmo por conocer Europa. En definitiva, se siente mucho más cómodo en Europa que en la selva peruana y es divertido ver cómo en la selva le resulta muy fácil tomar el té y charlar con los misioneros norteamericanos. Y es evidente que estas preferencias ayudan a explicar la posición que adopta en el debate con Zuratas acerca de la asimilación de los machiguengas. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos para asimilarse a esta red cultural, en Firenze experimenta la vuelta del pasado reprimido. Y este momento clave es el punto de partida de la novela. Inesperadamente el narrador se ve confrontado por una exposición de fotos sacadas por un italiano en la selva amazónica. Las fotos representan a los machiguengas y desencadenan una serie irreprimible de asociaciones y pensamientos: es decir, lo Otro interrumpe violentamente su asimilación tranquila a Firenze. A continuación el período que pasa allí se divide entre la lectura de los grandes escritores italianos y la recuperación de sus ideas acerca de Zuratas y los machiguengas. Esta combinación de preocupaciones resume la posición del narrador: puede ser que esté en Europa en un sentido, pero también está en América Latina en otro; puede ser que conozca profundamente el arte europeo pero también forma parte de la invasión de Firenze por los turistas – forasteros por antonomasia; puede ser que haya visitado a los machiguengas en la selva, pero es con los misioneros con quienes se comunica más fácilmente. Cuando está en Firenze representa una parte muy particular del Tercer Mundo en el Primer Mundo; cuando está en la selva es una parte del Primer Mundo en el Tercer Mundo. El narrador y Zuratas ocupan posiciones igualmente complejas y culturalmente híbridas, y a este respecto sería apropiado replantear la cuestión de Spivak, ¿puede hablar el subalterno? Si la novela parece contestar a esta pregunta con una negativa – en este contexto los machiguengas no pueden hablar – , la pregunta que tiene que dirigirse al narrador es: ¿quién o qué habla cuando habla él? La respuesta, como hemos visto, es una multiplicidad de fuerzas e intereses. A estas alturas del siglo veinte, hay pocas posiciones culturales puras: poca continuidad cultural no problemática, pero también pocas rupturas absolutas. Al encontrarse las culturas, éstas se redefinen en procesos complejos en los que el poder del habla es decisivo, pero raras veces distribuido igualmente.

Bibliografía

- Spivak, Gayatri C. 1988. "Can the Subaltern Speak?" [“¿Puede hablar el subalterno?”] En *Marxism and the Interpretation of Culture*. Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds). Londres: MacMillan. 271-313.
- Vargas Llosa, Mario. 1987. *El hablador*. Barcelona: Seix Barral.